

# No se lo digas a mamá

*Una historia real de abuso sexual*

Toni Maguire

*Traducción de Martín Arias*



Plataforma Editorial  
Barcelona

Título original: *Don't Tell Mummy*

Primera edición en esta colección: septiembre de 2008

© Toni Maguire, 2006

© de la traducción Martín Arias, 2008

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2008

Plataforma Editorial

Plaça Francesc Macià 8-9 - 08029 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 - Fax: (+34) 93 419 23 14

[www.plataformaeditorial.com](http://www.plataformaeditorial.com)

[info@plataformaeditorial.com](mailto:info@plataformaeditorial.com)

Depósito legal: B. 27.794-2008

ISBN: 978-84-96981-22-5

*Printed in Spain* - Impreso en España

Diseño de cubierta y composición:

Rubén Verdú y **peepingmonster**

[www.peepingmonster.com/theM](http://www.peepingmonster.com/theM)

Impresión:

Romanyà-Valls; Verdaguer, 1 - Capellades (Barcelona)

[www.romanyavalls.com](http://www.romanyavalls.com)

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

## Capítulo 21

Absorbida por la inercia, sintiendo que mi fuerza interior me había abandonado desde la paliza, intenté evitar a mis padres tanto como me fue posible. Me quedaban mi trabajo de los sábados y las visitas a casa de mis abuelos, que no podían negármelo. Pero las peticiones de visitar a mis amigos en Portrush recibían ahora cada vez con mayor frecuencia una negativa, y los paseos en bicicleta que siempre me habían tranquilizado en el pasado estaban estrictamente supervisados. Una atmósfera extraña dominaba la casa y el carácter impredecible de mi padre, que tan a menudo había desembocado en la ira, parecía haberse transformado en algo incluso más siniestro. Con frecuencia sentía sus ojos sobre mí, en parte con una expresión que me era familiar, pero detrás de la misma merodeaba otra desconocida que me inspiraba terror.

Un día, transcurrida ya la primera semana de las vacaciones escolares de verano, mi madre se preparaba para

ir a trabajar. Yo sabía que mi padre había regresado a casa más temprano y estaba en la cama. Desde mi dormitorio, separado del suyo apenas por el rellano, lo escuché entrar al lavabo, orinar sin cerrar la puerta y luego volver a meterse ruidosamente en su habitación. Tras escuchar el ruido de la puerta de la calle cerrándose, que anunciaba la partida de mi madre, bajé a gatas hasta la sala de estar. Tan sigilosa como pude, encendí el horno a fin de hervir agua para mi baño matinal y para el té. Luego puse a hacer unas tostadas. Entonces su voz resonó escaleras arriba.

—Antoinette, sube ahora mismo.

Sentí que el pánico me invadía al dar cada paso y me quedé inmóvil ante su puerta.

—Prepárame algo de té y tráemelo aquí.

Me volví para hacerlo, pero él prosiguió:

—Todavía no he terminado contigo, mi niña.

Se me hizo un nudo en la garganta que amenazó con ahogarme y me fue imposible pronunciar palabra mientras me volvía para mirarlo y me topaba con su sonrisa burlona. Una sonrisa por completo desprovista de humor.

—También puedes traerme unas tostadas.

Mecánicamente le preparé su té y sus tostadas. Los puse en una bandeja y se los llevé. Haciendo a un lado el cenicero repleto de colillas y su cajetilla de cigarrillos, apoyé la bandeja sobre la pequeña mesita de noche y recé para que no me pidiese nada más que eso, si bien sabía que no sería así.

Por el rabillo del ojo pude ver, con una sensación de repugnancia, su pecho pálido y pecoso con los pelos ahora canosos sobresaliendo por encima de su sucia camiseta, y sentí el olor agrio de su sudor, que se mezclaba con el aroma a tabaco rancio que sobrevolaba la habitación. Entonces noté su excitación.

—Desvístete, Antoinette. Tengo un obsequio para ti. Quítate toda la ropa, y hazlo lentamente.

Me volví para mirarlo. Nunca antes me había pedido eso. Sus ojos se burlaban de mí y me profanaban a la vez.

—Antoinette, te estoy hablando a ti, desvístete —repitió mientras sorbía ruidosamente su té.

De repente se levantó de la cama, llevando puesta sólo su sucia camiseta y con su miembro erecto sobresaliendo por debajo del pliegue de su barriga. Tras constatar que me mostraba reticente a obedecerlo, sonrió, se acercó más a mí y me propinó una fuerte palmada en las nalgas.

—Date prisa —murmuró.

Aún mirándolo a los ojos, permanecí inmóvil como un conejo sorprendido por el brillo de una luz repentina, con mis ropas apiladas en el suelo, sintiendo un sobrecogedor deseo de huir. Entonces sacó de su bolsillo un pequeño paquete, similar a todos los otros que había visto, extrajo de allí un pequeño objeto parecido a un globo y se lo colocó sobre su miembro hinchado. Durante unos segundos me cogió de una mano, sosteniéndola mientras se acomodaba el condón, y luego forzó mis derrotados dedos a moverlo arriba y abajo hasta que estuvo bien colocado en su sitio.

Entonces me soltó de pronto, me agarró de los hombros con firmeza y me arrojó a la cama con tanta violencia que el colchón rebotó y chirrió sobre sus viejos muelles. Me cogió de las piernas, las abrió y elevó, y se introdujo en mí con tal fuerza que me rasgó por dentro, penetrándome hasta que el dolor pareció abrasador. Los músculos de mis muslos se contraían cada vez que él se zambullía en mi cuerpo. Sus dedos crueles me manoseaban los pechos, que como consecuencia se habían irritado, y pellizcaba mis pezones con una furia que alimentaba su excitación, al tiem-

po que su baba me empapaba el rostro y se derramaba por mi cuello. Sentía su barbilla sin afeitar raspándome la piel. Me mordí los labios para no satisfacer su evidente deseo que oírme llorar. Todo mi cuerpo se sacudía con sus empujones y cerré los puños, que colgaban inertes uno a cada lado, apretando los ojos tanto como pude para contener las lágrimas. Su cuerpo se estremeció cuando satisfizo su deseo y, profiriendo un gruñido, se alejó de mí.

Sin perder un instante me senté. Mientras me agachaba para recoger mi ropa, observé su marchito pene. De la punta colgaba el condón con una mancha grisácea dentro. El nudo de mi garganta pareció ascender y corrí al lavabo. Un torrente de bilis ardiente brotó quemando mi garganta y me agaché sobre el váter para despedirla hasta que ya no pareció quedar nada en mi interior. Sin esperar a que el agua de la cacerola hirviese, limpié el lavabo con agua fría.

Mirándome al espejo, vi un rostro pálido, con ojos llenos de lágrimas y manchas rojas en la barbilla y el cuello, que me miraba de forma desesperada. Me lavé una y otra vez, pero el olor de mi padre parecía estar tan impregnado en mí que creí que ya nunca abandonaría mi piel.

El sonido de sus constantes ronquidos resonaba desde la habitación de mis padres cuando bajé las escaleras. Medité que, al menos, él dormiría durante varias horas, por lo que podría irme de la casa.

Abrí la puerta de entrada y dejé salir a Judy. Sentada en la hierba, la rodeé con mis brazos, apoyé una mejilla sobre su cabeza y permití que fluyeran mis lágrimas. Judy, percibiendo mi angustia, me lamió con su cálida lengua para mostrarme su cariño. Era algo completamente diferente a la baba de mi padre.

—¿Cuándo? —me pregunté a mí misma impotente—, ¿cuándo acabará todo esto?

Incapaz de soportar estar cerca de él, cogí mi bicicleta (que poco tiempo antes me había hecho sentir tan feliz, tras comprarla con mi propio dinero) y me alejé pedaleando con desgana.

Anduve sin rumbo hasta que las calles llenas de casas abrieron paso a la campiña. En dos ocasiones debí detenerme, pues la bilis volvía a inundar mi garganta, forzándome a sufrir terribles arcadas hasta que las lágrimas poblaban mi rostro, incluso después de que el fino hilo de bilis amarilla se hubiese agotado.

Permanecí buena parte del día sentada en la hierba, con un espacio vacío allí donde tendría que haber estado mi mente. Por fin, agotada, monté nuevamente la bicicleta y volví a casa para hacer las tareas escolares antes de que mi madre regresase de trabajar.